



XVII.

A la sombra de un árbol.

BUEN sitio es éste, ¡oh Dios mío! para dar descanso al cuerpo y refrigerio al alma con la consideración de tus bondades.

Largo es el viaje, el día caluroso, el viento está en calma, el sol abrasa, el polvo del camino fatiga y el cuerpo, bañado en sudor y falto de fuerzas, reclama algún descanso. Bendito seas tú, ¡oh Dios de mi alma! que así me lo proporcionas á la sombra de este pino, que extiende al aire sus espesas y abundantes ramas, ofreciéndome un amparo contra los rayos del sol canicular.

¡Hermoso árbol criado por tí, mi Dios,

á orillas de este camino! El brinda con su frescura al fatigado pasajero para que repare sus fuerzas, tome aliento y prosiga su jornada. Agradecido acepto su benévola invitación, y junto á su tronco me pongo á meditar y á tomar apuntes de mis meditaciones. Meditemos, alma mía, y por la escala de las criaturas subamos al Criador: meditemos, y por el conocimiento de lo visible y perecedero, remontémonos al conocimiento de lo invisible y eterno.

Aquí, el ánimo abatido por las molestias del viaje, saborea á su placer la dulce tristeza de la soledad; qué triste cosa es hacer solo y á pie un largo viaje! El camino cansa, el andar fatiga, el sol molesta, la soledad entristece, el calor abrumba, la noche asombra, los peligros intimidan; y si este viaje se ha de hacer por ásperas montañas ó áridos desiertos, las dificultades aumentan, crecen los peligros, faltan las fuerzas y el desfallecimiento se apodera del hombre.

¿Y qué es la vida del hombre sino un largo viaje por los desiertos del mundo? Camino es la vida, camino lleno de espinas

que hieren nuestras plantas; camino áspero que regamos con la sangre de nuestros pies y con las lágrimas de nuestros ojos. ¿Qué será del hombre que ande á ciegas por ese camino, sin que la luz del cielo guíe sus pasos ni la fortaleza divina aliente su corazón? ¡Oh, pobres mortales, alejados de Dios! ¡Cuán desgraciados sois! ¡Oid, oid!

* * *

Hay algo en la vida que convierte en alegría las tristezas de este camino, en flores las espinas, en gozo el llanto, en satisfacción los peligros y en victorias las dificultades. La fe en Cristo y su gracia divina: he aquí lo que convierte la debilidad en fortaleza, y en descanso los trabajos de nuestro viaje.

En nuestra peregrinación por la tierra hay días que podemos llamar de riguroso estío, días abrasadores, días de sequedad espantosa, días de asfixia espiritual en que se ahoga el alma. ¿Quién no ha respirado

alguna vez ese ambiente que abrasa y quema como el soplo de la desesperación? ¡Cuántos van hoy por el mísero camino de la vida jadeando, sedientos, tostados por el sol de la tribulación, ciegos de polvo, del polvo de la ignorancia y del pecado, sin ver el árbol de la vida plantado por Dios á orillas de nuestro camino para que á su sombra descansemos!

¡Pobres ciegos! ¡Pobres ciegos! ¡Venid y ved! En el triste sendero de la existencia humana tenemos el árbol de la vida, Cristo Jesús, árbol precioso cuyas ramas son ramas de salud, cuyas hojas son hojas de consuelo, cuyas flores son flores de virtud, cuyo fruto es fruto de vida eterna y cuya sombra es sombra de perdurable descanso. Acojeos á la benéfica sombra de este árbol divino, y hallaréis descanso para vuestras almas y aliento para seguir el viaje hacia la patria celestial.

Alma que caminas por los desiértos del mundo, de ese gran mundo que promete bienes y da males, ofrece placeres y da amargura, brinda amistad y da desengaños;

¡ah! si te ahoga el polvo inficionado de esa vía por donde andas, si ves sobre tí la lluvia de la ingratitud, si la espina punzadora del engaño hiere tus pies, si te abrasa el sol de la tribulación, ven á la sombra de este árbol bendito, y cobijada con sus ramas, ni te dañará la tribulación, ni te amargarán los desengaños, ni te herirán las ingratitudes, ni te ahogará el polvo de la tierra; sino que, olvidada del mundo infame, vivirás vida tranquila, sin que la turbe el frenético tumulto de los otros caminantes que andan perdidos y errantes, sin saber de donde vienen ni á donde van, ni en qué paraje se hallan.

*
**

Yo también soy peregrino y necesito descanso. Déjame, pues, Jesús mío, árbol frondoso, que lo tome á la sombra de tus ramas, y permíteme exclamar con la esposa de los cantares: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gútu*

ri meo. Me he sentado á tu sombra, ¡oh árbol del paraíso! y tu fruto es dulce á mi paladar. ¡Sí! que no sólo ofreces al caminante sombra y descanso, sino alimento y fruto delicioso.

Alimentado y fortalecido el hombre con este fruto sagrado, camina veloz, casi sin tocar el polvo de la tierra, semejante á la avecilla que cruza ligera la superficie de pantanosos lagos sin manchar sus alas con el pestífero cieno. Comed de este fruto los que camináis por el desierto del mundo, y seréis fortalecidos con la fortaleza de Dios.

De este fruto quiero comer siempre y esta sombra quiero buscar todos los días de mi vida. En ella quiero tomar descanso, en ella sestar al mediodía y en ella dormir el sueño de la muerte para despertar á eterna vida.

Sí, Verbo humanado, tú eres árbol que extiendes tus ramas frondosísimas por el espacio y por los tiempos, enlazando el cielo con la tierra, y sirviendo de escala al hombre para que suba de la tierra al cielo.

Tú, Jesús mío, ofreces al alma fatigada

dulce reposo, sueño tranquilo y paz amorosa, llena de suavidad encantadora. Al alma que á tu pie descansa y aspira el aroma de tus flores, la envuelve una atmósfera de pureza y santidad que la purifica y engrandece.

*
*
*

¡Oh, quién me diera poder morar siempre junto á tí, árbol de vida! ¡Quién fuera avecilla que viviera posada siempre entre tus hojas, oh árbol de vida! ¡Quién pudiera colgar de tus ramas el nido de sus amores, y cantar en ellas endechas amorosas! ¡Jesús mío! ¡Dios de amor! ¡Vida de mi alma! no me niegues lo que tu bondad no niega al pájaro inocente. A él le has dado bosques frondosos para morada, y verde ramaje donde colocar su nido, y tiernos pimpollos en que mecerse al compás de sus cantos inimitables. ¿Por qué no he de hallar yo todo eso en ti, oh árbol de dicha y de ventura?

Mira, bien mío, que apetezco tu sombra, que necesito descanso; y que fuera de ti ni

lo hallo ni lo quiero. Oculto entre tu ramaje, como la avecilla en la selva, deseo que corran mis días en soledad y silencio, viviendo para ti únicamente. ¡Pero, Dios mío, cuán necio soy! ¿Qué es vivir para tí sino cumplir tu voluntad? ¡Cúmplala yo, Jesús mío, aunque recalcite y se queje la mísera naturaleza! Y si tu voluntad es que camine por el desierto de la vida, bajo los rayos del sol abrasador, á caminar voy, huyendo con dolor de tu deliciosa sombra, pero fortalecido con tu dulce fruto, que confío no me faltará en todos los días de la vida.

¡Valor, alma mía! ¡Padezcamos por Jesús! Dejemos la compañía de este árbol que tan santas reflexiones nos inspira, y emprendamos la marcha, que no aquí, sino allá en la gloria es donde moraremos eternamente junto á Cristo Dios, árbol de vida, cuyas hojas son para salud de las gentes.



XVIII.

En el huerto.

SENTADO aquí al borde de esta alberca que recoge las aguas bulliciosas de la fontana, acuérdomeme de ti, ¡oh Jesús mío! fuente de aguas vivas que saltan á la vida eterna. De ti habló el profeta Zacarías, cuando dijo que vendrían tiempos para la casa de Israel en que tendría una fuente abierta donde lavar las manchas del pecado; y á tus llagas preciosas debió Isaías referirse cuando nos dijo: Llenos de júbilo sacaréis aguas de las fuentes del Salvador. ¡Oh qué fuente de salud es la llaga de tu corazón divino! ¡qué

raudales de gracias y de misericordia brotan de ella!

Hoy pues, Amor mío, te contemplo aquí en la huerta como fuente misteriosa, que riegas el ameno Jardín de la Iglesia Santa, el cual se mantiene fresco y hermoso con el rocío misterioso de tus aguas. Tú lo plantaste en la tierra, lo regaste con los raudales de tu celestial doctrina, lo fecundaste con el calor de tu sangre preciosa y lo mantienes ahora florido y ameno con el riego misterioso de tus gracias. ¡Oh Jesús! ¿cuándo mi alma, florecilla pequeña de este jardín, será anegada con las aguas de tu fuente? La fuente de tu corazón divino brota incesantemente, y al esparcir sus aguas por la tierra, el desierto del mundo, se convierte en florida campiña, y los prados reverdecen, vistiéndose de hermosura y lozanía. ¿Qué hará pues tu riego en el verjel de las almas puras?

¡Ay, Amor mío! yo he visitado ese verjel, y al contacto de tus aguas he visto abrirse rozagante y galana la rosa de la caridad, brindando perfumes bienhechores:

he visto la blanca azucena, el lirio de la pureza, embalsamando el ambiente con su fragancia embriagadora: he visto al susurrar de tus aguas nacer la violeta, la flor de la humildad, entre peñascos de soberbia: y la he visto crecer oculta y escondida, exhalando su aroma con tanta más abundancia, cuanto más pisada y despreciada ha estado bajo la planta del hombre.

*
**

¡Jesús mío! tú eres fuente de vida que haces brotar virtudes con el riego de tus aguas. Yo las he visto deslizarse mansamente en la soledad y el silencio para infiltrarse gota á gota en la seca y agostada tierra del corazón humano y, al influjo de tus aguas, ese corazón se ha convertido en floresta del paraíso. Y luego las he visto creciendo insensiblemente hasta formar un raudal que anega al alma, la fertiliza y la hace que germine flores de virtud donde antes pululaban ortigas de vicios; y lo que fué egoís-

mo, trocöse en caridad, y la ira en mansedumbre, y la avaricia en largueza, y la soberbia en humildad, y la tibieza en fervor.

¡Oh, qué transformaciones causan en el jardín del alma las aguas de gracia que manan de tu corazón! Riega con ellas, ¡oh Jesús mío! el árido desierto de mi alma, y se convertirá también en valle ameno, trasunto del Edén. ¿No eres fuente de gracia? Pues concédela á esta alma que la pide. ¿No eres fuente de amor? ¿Pues cuándo se ha de apagar en tus aguas la sed de amor que mi alma tiene? ¿No eres fuente de limpieza? Pues limpia, amor mío, limpia la suciedad nativa de este pobre corazón, ya que las aguas de tu fuente no sólo sirven para regar, sino también para lavar las manchas del alma pecadora. Y ¡oh, qué purificada y qué limpia queda el alma que es lavada en la fuente de tu divino corazón!

Pobres pecadores, que andando por el mundo caéis en la charca cenagosa de la impureza; ¡levantaos de ahí, infelices! y lavaos en esta fuente salutífera que limpia las manchas del pecado.

Almas desgraciadas, que recorriendo el camino fangoso de la vida humana os mancháis con el lodo que pisan vuestros pies; venid á esta fuente y seréis limpios con la limpieza de sus raudales.

Seres desdichados, que os contamináis con la inmundicia del siglo, purificad vuestras almas con las aguas preciosas que brotan de las fuentes del Salvador.

Almas infelices, cuyo rostro ha salpicado el cieno de la culpa, ¿por qué habéis de permanecer sucias y asquerosas, habiendo aquí aguas cuyo contacto quita toda mancha?

¡Oh aguas de virtud inefable! ¡Oh Jesús, Fuente de vida eterna! lávame más y más, y purifica mi alma hasta dejarla más pura y más blanca que la nieve!

*
**

¡Oh fuente de virtud desconocida! los enfermos del cuerpo corren por el mundo, buscando con afán las aguas medicinales

que hizo brotar tu bondad en medio de los montes para curar los males físicos del hombre; y los enfermos del alma, ¡oh dolor! se dejan morir, y no dan un paso siquiera por acercarse a ti, fuente divina, que curas infaliblemente todos los males del espíritu.

Enfermos, á quienes consume los ardores de la ira ó de la lujuria, venid á estas aguas, ellas templarán vuestra sed, y os quitarán la fiebre pestilente que aniquila el vigor de vuestras almas.

Todos los que padecéis males del alma, todos los que carecéis de salud espiritual, ¡venid, venid! que estas aguas medicinales destierran toda dolencia y curan de todo mal.

¡Cuántos, Jesús mío, cuántos hay en el mundo sedientos de felicidad! ¿Por qué no vienen á ti á beber la dicha en tus dulces aguas? ¡Cuántos hay en él sedientos de reposo y de consuelo! ¿Por qué no vienen á ti, fuente de toda consolación?

Alma, que te sientes herida, porque el dardo de la ingratitude se clavó en tu corazón; alma, que te hallas lastimada, porque

el golpe cruel de un desengaño vino sobre ti con fuerza brutal; alma, que lloras y suspiras, porque tienes sed de consuelo y de remedio, ven á la fuente del Corazón divino, que sus aguas salutíferas no hay herida que no sanen, ni llaga que no curen, ni dolor que no alivien, ni pena que no consuelen. Bebed de estas aguas del Costado de Cristo, que en ellas hallaréis gozo de vida eterna.

*
**

Yo tengo también sed de ti, Corazón divino, dame á beber de tu amorosa fuente. Mitiga la sed que de ti siente mi alma! Apaga el ardor que consumen mis entrañas, y refréscame con una gota de ese licor que vale millones de mundos. Sed tengo de ti, sed de tus aguas; me siento desfallecer y por eso te busco jadeante y sediento, como el ciervo herido y fatigado busca las aguas del arroyo cristalino.

Sin ti muero de sed, sin ti desfallece el

alma, y se agosta, como la flor herida por los rayos del sol ardiente. Déjame, pues, gozar del fresco ambiente que se respira á tu alrededor. Al místico bullir de tus aguas me olvidaré del mundo y su vanidad, y te cantaré á ti cantares de alabanza.

Sentado á tus orillas, ¡oh Fuente misteriosa! quiero pasar mis días; porque el murmullo que hacen tus aguas al caer sobre mi alma, aleja de mí el mundanal ruido, me adormece en dulce calma, y sueño plácidamente cosas del cielo, donde me siento trasladado al mágico impulso de tu suave corriente.

¡Corazón de Jesús! ¡Fuente divina! dichoso el que en ti apaga su sed y el que en tí lava sus manchas; pero más dichoso todavía el que sentado á tus orillas es adormecido por el murmurio delicioso de tus aguas.



XIX.

Supra montes. ⁽¹⁾

LE deseado muchas veces, ¡oh Dios mío! subir á las altísimas y blancas cumbres de esta *Sierra Nevada*, y te doy gracias, porque no has negado este deseo á mi corazón. Jadeante, como ciervo acosado por los cazadores, he llegado á la cima de estas montañas, para contemplar desde sus alturas las magnificencias de la creación y admirar en ella las obras de tu mano poderosa.

Desde aquí contemplo absorto esas nie-

(1) Escrito en Granada.—N. del E.